KIYASH MONSEF

# ÉRASE UNA VEZ

Traducción de Luis Carlos Fuentes

GRANTRAVESÍA

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor, o se usan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas (vivas o muertas), acontecimientos o lugares reales es mera coincidencia.

ÉRASE UNA VEZ

Título original: *Once There Was*

Texto © 2023, Kiyash Monsef

Publicado según acuerdo con Simon & Schuster Books para Young Readers, un sello de Simon & Schuster Children's Publishing Division.

Traducción: Luis Carlos Fuentes

Ilustración de portada: © 2023, Mike Heath
Diseño de portada: Krista Vossen
Portada: © 2023, Simon & Schuster, Inc.

D.R. © 2024, Editorial Océano, S.L.
C/Calabria, 168-174 - Escalera B - Entlo. 2ª
08015 Barcelona, España
www.oceano.com
www.grantravesia.es

D.R. © 2024, Editorial Océano de México, S.A. de C.V.
Guillermo Barroso 17-5, Col. Industrial Las Armas
Tlalnepantla de Baz, 54080, Estado de México
www.oceano.mx
www.grantravesia.com

Primera edición: 2024

ISBN: 978-84-127259-3-3
Depósito legal: B 2943-2024

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del editor, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

IMPRESO EN ESPAÑA / *PRINTED IN SPAIN*

9005787010224

*Para Jane McGonigal*

## CAPÍTULO UNO

# LA CHICA QUE SALVÓ A UN UNICORNIO

Érase que se era, érase que no era.

Hace mucho tiempo, en aquel bosque situado entre los montes Elburz y el mar Caspio, una niña fue a recolectar hongos.

Había llovido el día anterior. La tierra estaba blanda y húmeda y el aire olía a suelo franco y musgo. Era un buen día para recoger hongos, y la niña casi había llenado su canasta con melenas de león y grifolas frondosas cuando escuchó un sonido lejano entre los árboles. Parecía un animal que chillara de dolor.

Había leopardos en el bosque, y chacales, y osos pardos. Pero a esta niña no le gustaba pensar que alguna criatura estuviera sufriendo. Así que se internó en el bosque, en dirección al sonido, para ver si podía ayudar. Un poco alejada del sendero, en un claro del bosque profundo, encontró el origen de los chillidos.

El unicornio sangraba y estaba asustado, tenía su pata atrapada en la trampa de un cazador. Era una bestia enorme y muy salvaje. La niña nunca había visto un animal semejante, y de inmediato supo que era especial. También supo que en cuanto el cazador volviera para revisar su trampa, el unicornio

iba a morir. Así que se sobrepuso a su miedo y se acercó en silencio, tan delicada y cuidadosamente como le fue posible. Para tranquilizarlo le ofreció algunos de los hongos que había recogido. Y cuando sintió que era seguro aproximarse, la niña se agachó y abrió la trampa.

La bestia parecía llenar el claro entero con sus largas patas y su cuerno peligroso y afilado. La niña se quedó allí de pie, inmóvil, demasiado sobrecogida y asustada para moverse. El unicornio observó a su salvadora un largo rato. Luego dio un paso cauteloso con su pata herida hacia la niña, inclinó su enorme cabeza y le clavó el cuerno en el pecho, justo encima del corazón.

La niña cayó al suelo, y al hacerlo, un pedazo del cuerno del unicornio se rompió dentro de ella. El unicornio la observó por otro rato, entonces se dio la media vuelta y se internó en el bosque, cojeando por la pata herida, y no volvió a ser visto en cien años.

La niña, sangrando y conmocionada, se las arregló para reunir la fuerza suficiente para volver al pueblo donde vivía, al borde del bosque. Allí se desmayó y fue llevada hasta su cama, donde permaneció tumbada durante varios días. Al principio nadie creyó que sobreviviría. Pero después de un día, dejó de sangrar. Y después de tres, el dolor comenzó a desaparecer. Lentamente la herida se fue haciendo más y más pequeña, hasta que lo único que quedó fue una cicatriz en forma de medialuna, justo encima de su corazón, y un pedacito de cuerno de unicornio alojado entre sus costillas.

El tiempo pasó y la niña se convirtió en mujer. Se casó y tuvo hijos, algunos de los cuales, al nacer, también tenían una mancha en forma de medialuna encima del corazón, y los hijos de sus hijos, y así sucesivamente. Se dice, aunque nadie pue-

de estar seguro, que algunos de los descendientes de la niña todavía viven hoy en día, y que unos cuantos aún llevan esa marca sobre su piel, donde el unicornio la tocó por primera vez.

Y se murmura que tal vez, sólo tal vez, todavía queda un poco del unicornio en su interior.

## CAPÍTULO DOS

# EL TRABAJO

No tendría que haber estado atendiendo en la recepción. Una clínica veterinaria no es lugar para una persona impaciente, y yo estaba furiosa con todo y con todos en el Universo. Pero Dominic necesitaba una pausa para almorzar y todos los auxiliares estaban ocupados, y como habría dicho papá, "El mundo no se detiene en consideración a nuestros sentimientos, Marjan". Lo cual me dejó como la cara amable de nuestro consultorio. Así que allí estaba yo, rogando para que el teléfono no sonara y la recepción siguiera vacía durante la siguiente media hora, de modo que pudiera estar pacíficamente enojada con el mundo.

Estaba enojada sobre todo por dos cosas. La primera era la clínica en sí. Desde hacía tres semanas, la Clínica Animal de West Berkeley me pertenecía a mí. Yo nunca lo pedí, y la primera semana de mi segundo año en la escuela secundaria no era exactamente el mejor momento para convertirme de pronto en la dueña de una clínica veterinaria sumida en deudas. Además de la escuela, las tareas y lo que escasamente podía pasar por una vida social, ahora pendían sobre mí la nómina de empleados, el pago del alquiler y el seguro, el balance

de beneficios, y un montón de responsabilidades que yo no había buscado ni quería. Incluyendo cubrir a Dominic en la recepción para que pudiera comer su almuerzo.

Y luego estaba la manera en que había ocurrido.

Ésta era la clínica de papá. Él era veterinario y había sido propietario de este lugar desde que yo podía recordar. Los padres normalmente no entregan sus negocios a sus hijas adolescentes. Pero papá no era normal. De cualquier forma, no le había quedado otra.

La policía no estaba precisamente segura de cómo había sido asesinado. No había ningún arma homicida, pero nadie podía imaginar cómo una persona podía haber hecho *aquello* únicamente con las manos. Escuché a uno de los socorristas decir que parecía que lo había arrollado un camión. Pero ni siquiera eso explicaba las quemaduras.

No había sospechosos. No había huellas dactilares ni pisadas. No había ADN de cabellos ajenos ni restos de piel ni nada de eso que se ve en los programas de televisión. No había grabaciones de la cámara de seguridad. Ni siquiera existía un motivo que alguien pudiera suponer. Nada había sido robado de nuestra casa. Nada había sido alterado, excepto en la habitación donde papá había muerto.

Ésa era la segunda cosa por la que estaba furiosa.

Había estado viniendo a la clínica durante la última semana. Pasaba la mayor parte del tiempo en la vieja oficina de papá, que era tranquila y pequeña y me hacía sentir segura de un modo en que no sentía en ningún otro lugar. O me iba a la sala de intervenciones, donde podía ponerme una mascarilla y desaparecer, y lo único que tenía que hacer era acariciar a los animales y mantenerlos tranquilos. En la recepción me sentía expuesta. Me sentía como un perrito en el escaparate

de una tienda de mascotas, sólo que en lugar de perrito yo era un lobezno, y uno rabioso.

Pero no había nadie más para desahogarme, así que me senté en la silla de Dominic y me clavé las uñas en las palmas para distraerme, y me dije que estaría bien —no muy bien, ni remotamente, sino sólo bien—, en tanto que no tuviera que hablar con nadie.

Me decía eso cuando la puerta se abrió.

Ella vino directa hacia el escritorio, sin prisa, un misil termodirigido con una carita feliz pintada en él. Supuse que tendría unos veintipocos años. Pelo castaño, finas gafas con montura de alambre, ojos castaños que se clavaron en los míos en el instante en que me vio. Una sonrisa que me hizo sentir un poco como una amiga y un poco como una presa.

No llevaba un animal con ella. Eso nunca es buena señal en una clínica veterinaria.

—Tú debes ser Marjan —dijo—. Siento mucho lo de tu padre.

Y sabía mi nombre. Todavía peor.

—¿Quién eres? —lo afilado de mi voz hubiera podido cortar hueso, pero su sonrisa nunca vaciló.

—No nos conocemos —dijo.

—¿Mi padre te debía dinero? —pregunté—. Porque tendrás que hablar con su contable, y prácticamente puedo asegurarte que…

Ella descartó la pregunta con un ademán, luego metió la mano en su bolso de lona, sacó una tarjeta de presentación y la dejó frente a mí sobre el escritorio de la recepción. No había palabras en ella, solamente un símbolo estampado en bronce: una tetera con una figura serpentina enrollada en su interior. Esperé a ver si ella me explicaba lo que estaba mirando, hasta que fue evidente que ella esperaba que yo lo reconociera.

—¿No? —dijo por fin. Sacudí mi cabeza. Ella volvió a sonreír, una sonrisa triste—: No te dijo nada. ¿Hay algún lugar donde podamos hablar?

—¿Sobre qué? —pregunté.

—Muchas cosas —dijo—. Tu padre. Lo que le sucedió —hizo una pausa—. El trabajo.

*El trabajo.*

La manera en que dijo esas palabras removió algo cálido y extraño en mi pecho. Tal vez sólo era más rabia, ira añeja que había estado reprimiendo por un largo tiempo. O tal vez era algo más. Tal vez era curiosidad.

Tal vez era esperanza.

A veces, cuando le llamaban a su móvil, contestaba yo. Papá odiaba eso.

—¿Podría hablar con Jim Dastani? —decían, lo cual siempre me sonaba raro. El nombre de mi padre era Jamshid. "Jim" parecía una forma especialmente lamentable de rendición cultural, porque aparte de ser agresivamente ordinario, ni siquiera le pegaba. Obviamente él no era un "Jim".

Yo me aseguraba de que quien fuera que llamaba me escuchara gritar "¡PAPÁAAA! ¡Es para TIIIIIII!" porque me parecía que era la primera impresión más antiprofesional que pudieras dar a un cliente. Entonces mi padre bajaba las escaleras pisando fuerte, de dos en dos. Siempre que estaba molesto hacía una mueca como una especie de sonrisa, si las sonrisas fueran físicamente dolorosas. A decir verdad, muchas cosas parecían físicamente dolorosas cuando papá las hacía (comer, reír, dormir). Lo cual es probablemente la razón por la que no hacía esas cosas tanto como hubiera debido.

Mientras me arrebataba el teléfono de las manos me lanzaba una mirada severa, como si yo estuviera a punto de tener problemas. Pero nunca los tenía. ¿Qué va a hacer? ¿Castigarme? No puedes castigar a alguien si no estás allí para hacer que se cumpla.

Cogía la llamada en su habitación sin decirme una sola palabra. Cerraba la puerta, y no importa lo fuerte que apretara mi oreja contra ella, lo único que escuchaba eran murmullos.

Las llamadas nunca duraban mucho. Él abría la puerta en cuanto terminaban y me devolvía el teléfono, ya sin estar enfadado conmigo, ni siquiera molesto. En su cabeza ya estaba haciendo el equipaje, ya estaba partiendo, ya se estaba dirigiendo al aeropuerto o a la estación de trenes o a donde diablos fuera que se marchara.

—Bueno, ¿a dónde esta vez? —le preguntaba cuando de verdad quería portarme como una malcriada.

Si tenía suerte, decía algo como "Un lugar cálido", o "Un pueblito tranquilo". Eso es todo lo que conseguía. Si realmente me estaba hablando a mí, o si sólo se lo estaba recordando a sí mismo para colocar en la maleta las cosas adecuadas, nunca quedaba del todo claro. Y después me ignoraba completamente hasta que la maleta estaba lista.

Nuestro ritual, el verdadero ritual, tenía lugar en la puerta. Él se detenía en el umbral, como si justo acabara de recordar algo, y se daba la vuelta. Yo siempre estaba allí, esperando ese momento.

—Marjan —decía—, todo lo que necesitas está…

—Ya sé —no había necesidad de repasarlo todo: tarjeta de crédito en el cajón de la cocina, efectivo en un sobre junto al fregadero. Teléfonos de emergencia (los que sí llamaban a

la policía local y a los bomberos, y no a la policía de tránsito) pegados con cinta adhesiva junto a una tarjeta de un servicio local de taxis, y el número de la pizzería que entregaba a domicilio. Todo lo que necesitaba se encontraba donde siempre estaba.

Entonces la promesa.

—Volveré pronto a casa.

"Pronto" podía significar un día, o podía significar una semana. No lo sabría hasta que hubiera pasado.

Entonces dejaba la maleta en el suelo y me abrazaba. Supongo que yo lo abrazaba también, cuando era más chica. Difícil recordarlo. Me tenía así durante unos cuantos segundos, y después la disculpa.

—Lo siento. Un día…

Seguro. Un día esto tendría sentido.

Cuando yo era más joven creía que todos los veterinarios tenían clientes como esos. Después de que mamá murió, comencé a darme cuenta de lo extraño que era. Solía enfadarme con él por marcharse. Luego, más adelante, me volví agresiva. Lo acusaba de ser toda clase de cosas. Traficante de drogas. Espía. De tener otra familia secreta en algún lugar en el otro extremo del país. O quizá yo era la familia secreta.

—Sólo es gente que necesita mi ayuda —era siempre su explicación. Y como nunca lo había visto preocuparse por ninguna cosa más de lo que se preocupaba por su trabajo, le creía. Entonces me decía—: Te quiero.

Nunca estuve realmente segura de lo que quería decir con eso. Siempre se estaba yendo cuando lo decía.

Finalmente, una última mirada. La que me hacía sentir como un animal en la mesa de la sala de intervenciones, como si él estuviera tratando de detectar el tumor, la infección, o

el gusano en mi ojo. Y luego el pequeño suspiro de derrota, como si cualquier cosa que hubiera encontrado estuviera más allá de su capacidad para solucionarlo.

Así es como se iba y me dejaba desde que tenía diez años: completamente sola, preguntándome qué había de malo en mí.

Y al final, así es como me dejó para siempre.

Ése era el trabajo.

Convencí a la doctora Paulson de que me prestara a su auxiliar por unos minutos para que atendiera la recepción. Entonces guie a la mujer a la que había sido la oficina de mi padre y cerré la puerta tras de nosotras.

La oficina realmente no estaba diseñada para reuniones. Las paredes eran demasiado estrechas y el escritorio demasiado grande. Podías acomodar dos personas con suficiente comodidad si una de ellas se sentaba en el suelo, que era lo que yo solía hacer hacer cuando papá vivía. Pero ésta no era esa clase de reunión, así que ambas rodeamos el escritorio a tropezones acomodando las sillas para poder sentarnos y vernos de frente la una a la otra, y no estar demasiado apretadas contra una pared o un librero. Yo tenía la extraña sensación de que de algún modo papá estaba allí entre nosotras, cargando con trastos de aquí para allá, haciendo las cosas más difíciles. Pero, desde luego, aquello era imposible.

Finalmente encontramos la manera de sentarnos las dos sin que chocaran nuestras rodillas. La mujer colocó una mano sobre el escritorio, con la palma hacia arriba, y me sonrió.

—¿Puedo ver tu mano? —preguntó.

No sé para qué pensé que querría mi mano, pero la confianza con que lo solicitó fue suficiente para que yo colocara

la mía encima de la suya, palma arriba. Antes de que pudiera decir nada, me clavó una aguja en la yema de mi dedo índice y apretó para sacar una diminuta gota de sangre.

—¡Auch! —reclamé—. ¿Qué demonios?

No fue sino hasta que traté de sacar mi mano cuando me di cuenta de lo fuerte que me estaba sujetando.

—Sólo un minuto —dijo tranquilamente—. No hay nada de qué preocuparse.

Frotó la sangre con una delgada tira de papel y dejó ésta sobre el escritorio, en medio de nosotras. Mientras yo miraba cómo la sangre se expandía por el papel, ella me soltó la mano.

—¿Alguna vez has oído hablar sobre la línea hircaniana? —preguntó.

—Mmm, ¿alguna vez has oído hablar sobre preguntar antes de pincharle a alguien con un objeto puntiagudo? ¿Qué ha sido eso?

—Una aguja esterilizada —dijo—. Lo prometo.

Cogió la tira reactiva y la puso en la luz. Era difícil estar segura, pero parecía que una especie de dibujo se formaba en los lugares que había tocado mi sangre. La mujer sonrió para sí misma, una sonrisa de alivio y satisfacción.

—Discúlpame por eso —dijo—. No volverá a suceder. Ahora, la línea hircaniana: ¿has escuchado algo sobre ella?

No había escuchado nada sobre la línea hircaniana.

—Voy a suponer, entonces, que no sabes absolutamente nada al respecto —prosiguió la mujer—, y que lo que voy a decirte te sorprenderá.

Abrió su bolsa y sacó un sobre marrón, luego lo deslizó sobre el escritorio hacia mí.

—Necesito que vayas a Inglaterra —dijo—. Esta noche.

—¿Perdón? —dije.

—Todos los gastos están cubiertos —continuó—. Aquí tienes todo. El único billete disponible era en primera clase. Supuse que no te importaría.

—¿Estás bromeando? —no parecía que estuviera bromeando—. ¿Quién eres? ¿Qué es la línea hircaniana?

Ella ignoró mis preguntas.

—Un hombre llamado Simon Stoddard te recogerá en el aeropuerto y te llevará a una finca en las Tierras Medias. ¿Todo está claro hasta aquí?

—Por supuesto —respondí—. Vuelo al otro lado del mundo, donde un tipo que no conozco me lleva a un lugar del que jamás había oído hablar. Luego, ¿qué más?

—Luego conoces a un grifo —dijo—. Está enfermo. Tienes que ayudarlo.

—Un grifón. ¿Un perro, quieres decir? —pregunté—. ¿Un grifón de Bruselas? Sabes que no soy veterinaria, ¿verdad? Y que tengo quince años.

—Lo sé —dijo—. Y no, no es nada parecido a un perro.

Examiné su rostro en busca de señales que me indicaran que se trataba de algún tipo de elaborada tomadura de pelo, pero lo único que encontré fue una incipiente sonrisa que parecía haber sido insertada a la fuerza en su cara. Finalmente, cogí el sobre y lo abrí. Dentro estaba el billete de avión —primera clase, como había prometido— y un fajo de coloridos billetes ingleses. Todo parecía muy real.

—Un *grifo* —dije nuevamente—. ¿Qué se supone que tengo que hacer con un grifo?

—Reconocerlo, examinarlo, hacer una recomendación —respondió—. Eso es todo. Y después regresarás aquí.

—¿Una recomendación?

—Ya comprenderás —insistió.

—¿Quién eres? —pregunté—. ¿Qué es todo esto?

Ella se quitó las gafas, las plegó y las dejó sobre el escritorio.

—Esto —dijo— es el trabajo.

—¿Por qué tendría que creerte? —pregunté—. ¿Por qué tendría que creer en nada de esto?

—Porque si confías en mí, tal vez pueda ayudarte a descubrir quién mató a tu padre.

Su rostro, hasta hacía un momento juguetón, se puso serio de repente.

—Ignoro quién fue —dijo como respuesta a la pregunta que mi cara debía estar planteando—. Pero me gustaría saberlo. Me gustaría ayudar. A nosotros nos gustaría ayudar.

—¿Quiénes son "nosotros"?

Ella se inclinó hacia delante y colocó sus manos sobre el escritorio.

—¿Alguna vez te mencionó a Ítaca? —me preguntó.

—¿Ítaca?

—Sé que es un momento difícil. Y que tienes muchas preguntas. Pero por ahora, es mejor así. Ya podremos hablar más cuando vuelvas.

—¿Quién dice que voy a ir? Tengo la clínica. Y la escuela.

—Por supuesto —dijo. Ella se levantó para irse, un movimiento que hubiera sido dramático de no ser por lo apretado del lugar. Con la cabeza señaló el sobre y su contenido desplegado sobre el escritorio frente a mí—. Bueno, conserva eso, por si cambias de opinión.

Entonces se dio la vuelta y salió por la puerta.

Técnicamente *sí* tenía la clínica, pero estaba bastante segura de que cerraríamos definitivamente en unos cuantos meses. Cuando miraba los números, no podía entender cómo

había logrado sobrevivir hasta ahora. Hasta Dominic, que había administrado la oficina con inquebrantable confianza durante los últimos dos años, comenzaba a recordarme a un viejo perro de una protectora que ha renunciado a toda esperanza de ser adoptado.

Y la escuela, bueno. No había asistido desde que papá murió. Y tampoco es que tuviera muchos deseos de volver. No necesitaba que todos mis compañeros me miraran lastimosamente sin saber qué decir.

Aun así, recogí las cosas que la mujer había dejado y las metí de nuevo en el sobre. Era más fácil ser razonable cuando no estaba viendo un montón de dinero y un billete de primera clase para irme a cualquier otro lado. Me puse en pie y caminé de vuelta a la recepción.

Había una fotografía de papá en la pared. La doctora Paulson la había colgado ahí luego de su muerte, después de preguntarme si estaba de acuerdo. Era la misma fotografía que él había utilizado para todo, como en su perfil en el sitio web y los folletos que las compañías de medicamentos nos imprimían gratis. La había visto un millón de veces. Traía puesta su bata blanca con una camisa azul claro debajo. Su rostro era largo y delgado y del color de la castaña. Tenía una expresión seria, como de alguien de una foto de hace cien años a quien nunca le habían hecho un retrato. El ceño fruncido, la boca apretada, el pesado pelo negro alejado de la cara, sus brillantes ojos negros suavizados por las largas y delicadas pestañas. Jamshid Dastani, un hombre de educación y sabiduría, un hombre de compasión, el tipo a quien le confiarías tu mascota.

Era una ilusión convincente. Pero si mirabas con atención, los ojos la rompían. Eran pesados y atormentados, los ojos de un alma perdida. El secreto de aquella fotografía —el

que sólo descubrías si la estudiabas un millón de veces, como yo lo había hecho— era que él en realidad no estaba mirando a la cámara. Su rostro estaba inclinado hacia el lado correcto y el eje de la mirada se encontraba demasiado cerca para engañar casi a cualquiera. Pero sus ojos realmente estaban fijos en algo lejano y triste, justo como estaban cuando él aún vivía.

Observé la fotografía. Llamaba mi atención, como si acabara de aclararse la garganta, como si tuviera algo que decir. Pero no decía nada. Los ojos de mi padre miraban algo fuera del marco, me atravesaban para ver cosas en la distancia, cosas de las que nunca habló.

Sería, por supuesto, increíblemente temerario coger un vuelo internacional, rumbo a un destino misterioso, para administrar cuidados que no estaba calificada para dar, a una criatura que no existía. Ninguna persona en su sano juicio haría algo tan peligrosamente estúpido.

Observé la imagen de mi padre hasta que ya no pude soportarlo. Todo esto era culpa suya. Todo. Esta clínica, esta pérdida de tiempo y dinero que ahora legalmente era mi responsabilidad: su culpa. Esta extraña mujer y sus absurdas peticiones: su culpa. El hecho de que ni siquiera las estuviera considerando: su culpa.

Alguien lo había asesinado una tarde en su propia casa: su culpa.

Me dirigí al Consultorio Uno, donde la doctora Paulson acababa de terminar con un paciente. Llamé ligeramente a la puerta, luego abrí un poco.

—¿Pasa algo malo? —preguntó la doctora Paulson.

Siempre me había caído bien la doctora Paulson. Era franca, pero de una forma compasiva. Quería a todos los animales,

pero como nuestra especialista en aves, tenía especial debilidad por los pájaros. Tenía un par de agapornis llamados Tristán e Isolda y un loro yaco llamado Hemingway que recitaba a T. S. Eliot y a Emily Dickinson con maniaca alegría siempre que lo traía a la oficina. Tenía una copia de *La guía Sibley de las aves* en su escritorio y dos impresiones enmarcadas de *Las aves de Norteamérica de Audubon* colgadas en su pared. A veces incluso ella misma me recordaba un poco a un ave, a una quieta, paciente y precisa, una garza quizá. Era alta, delgada y seria, pero no era por eso. Era el sosiego, la manera en que cierto tipo de aves cazadoras pueden quedarse inmóviles y volverse parte del paisaje. Así es como me la figuraba en ese momento. Tranquila y alerta, analizando todo en busca de información.

—Creo que me iré a casa, doctora P —dije.

Sí, eso era: me iría a casa y pensaría las cosas de una manera racional, y habiendo hecho eso, vería que coger un avión a Inglaterra, sin la menor idea de quién o qué me esperaba allí, era imprudente e irresponsable.

—Estoy segura de que nos las arreglaremos —dijo la doctora P—. ¿Está todo bien?

—Sip —mentí—. Todo en orden. Creo que sólo necesito descansar un poco.

Y dejar de pensar ideas delirantes sobre volar al otro lado del mundo.

—Tienes que cuidarte —dijo la doctora Paulson.

—Ah, y puede que me tome un par de días libres.

*Espera, ¿qué? ¿Yo he dicho eso?*

—Desde luego —me dijo—. Haz lo que tengas que hacer.

—Gracias, doctora P —contesté.

Debo haber puesto una cara extraña. Me parecía demasiado esfuerzo poner una cara normal.

—¿Marjan? —preguntó—. ¿Te encuentras bien?

—Sí —dije—. Estoy bien —no creo que sonara bien.

—Si alguna vez quieres hablar —dijo—, aquí estoy.

Ella parecía querer hablar, lo que me hacía querer hablar aún menos. Lo último que necesitaba era escuchar cómo alguien más estaba sobrellevando la muerte de mi padre.

—Gracias —dije—. Estoy bien.

Antes de que ella pudiera decir otra cosa, salí de la sala y cerré la puerta. Me detuve una última vez frente a la fotografía de papá, y traté de colocarme de tal modo que de verdad me mirara a los ojos. Pero de cualquier forma que ladeara o inclinara la cabeza, seguía mirando a través de mí.

—Si muero —dije a la imagen—, será tu culpa.

Sí fui a casa, así que eso no había sido una mentira.

Vivía en una casona de cincuenta años con acabados de estuco en las llanuras del norte de Berkeley. Desde la calle era simplemente un muro gris con dos ventanas, un porche de cemento y una puerta bajo la farola de un poste de teléfono y un arce que crecía en un cuadrado de tierra en la acera. El Civic de papá estaba estacionado en la entrada, acumulando hojas en la base del parabrisas. No había sido arrancado desde que él murió.

Subía mi bicicleta por los escalones que van de la calle al porche cuando escuché mi nombre detrás de mí.

—Marjan, ¿cómo estás, querida? —preguntó una voz cálida y precavida.

Mi vecina de al lado, una bulliciosa mujer llamada Francesca Wix, era ahora mi tutora legal. Vivía en una vieja casita que había heredado de su abuelo, con un cambiante elenco

de perros adoptados que papá había atendido sin jamás cobrar, un jardín que todo el año daba frutas y vegetales y una impresionante colección de novelas románticas. Era unos ocho centímetros más baja que yo pero su voz, endurecida por años de protesta pacífica, compensaba la diferencia. Usaba gruesos y brillantes ponchos con diseños africanos, y unas gafas grandes y redondas que hacían que sus ojos parecieran estar a punto de rebotar graciosamente de su cabeza. Cuando no estaba haciendo sondeos telefónicos o carteles de protesta, Francesca trabajaba en una librería anarquista. Yo nunca había estado allí, pero a menudo me preguntaba si tendrían una sección de novelas románticas.

Se había ofrecido como voluntaria a ser mi tutora en parte porque sentía que tenía una deuda con papá por todos esos años de atención veterinaria gratuita, y en parte porque era la clase de persona que se ofrecía como voluntaria para hacer cosas. El día que llegó la autorización del juzgado, trajo empanadas y Coca-Cola mexicana y expuso sus reglas.

—El duelo es extraño —dijo—. Haz lo que tengas que hacer. No necesitas avisarme o pedirme permiso. Pero —y aquí hizo una pausa, se limpió unas migajas de la mejilla y se puso seria— nada de drogas.

La mayor parte del tiempo estaba demasiado ocupada con sus perros, sus plantas y su anarquía para hacer mucho tutelaje legal. Aun así, firmaba todos los documentos que tenían que ser firmados y ocasionalmente dejaba comida frente a mi puerta. Fuera de eso, se mantenía al margen de mi vida excepto para asegurarse, cada vez que me veía, de que estaba bien y de que no estaba consumiendo drogas.

—Estoy bien —dije.

—Has vuelto a casa temprano —dijo ella, subiéndose las gafas para colocarlas encima de su recortado pelo afro.

—Estoy cansada —sip, eso era todo. Cansada. Definitivamente no a punto de hacer algo increíblemente estúpido.

—¿Necesitas algo?

Me encogí de hombros y sacudí la cabeza. Había muchas cosas que necesitaba, pero no las iba a obtener de Francesca Wix. Agitando la mano y con una sonrisa forzada, la dejé al pie de la escalera y cargué mi bicicleta dentro de la casa.

El interior era tan deprimente como el exterior. Una pequeña cocina con una vieja estufa eléctrica y un ruidoso refrigerador que probablemente violaba el Acuerdo de París; una sala de estar donde se había estado muy poco; y un oscuro piso superior con dos dormitorios, un baño y una habitación extra repleta de cajas apiladas con cosas que nunca usábamos para nada.

*Sólo una chica que vuelve a casa temprano.* El hecho de que estuviera vaciando mi mochila y llenándola otra vez —algo de ropa, artículos de aseo, un pasaporte (jamás utilizado)— no significaba nada.

Encontraron a papá en su dormitorio. Alguien había llamado al 911 y después había colgado. La puerta principal estaba abierta. El primer día toda la casa fue rodeada con precinto policial, y los detectives iban y venían, reuniendo y catalogando evidencias. Entonces guardaron su equipo, me entregaron un recibo por las cosas que se habían llevado, cerraron la puerta de su habitación y desaparecieron. Yo no la había abierto desde entonces.

Me detuve un momento frente a ella. Justo entonces sentí como si la puerta fuera todo aquello que papá había sido en vida. Cerrada. Silenciosa. Llena de oscuros y probablemente desagradables secretos que hasta entonces había logrado evitar.

Quería que siguiera cerrada para siempre. Y también sentía deseos de derribarla de una patada.

Mis oídos zumbaban y mi corazón latía enloquecido. Mis pies se morían por moverse. Sentía como si todo mi cuerpo vibrara lleno de electricidad, de preguntas, de ansias. Tenía una maleta en una mano y un billete de avión en la otra. ¿Qué estaba haciendo?

Nada de lo que sucedió durante las siguientes horas me pareció real.

Desde el trayecto al aeropuerto —me senté en la parte trasera de una furgoneta de enlace, sumida en una silenciosa y asombrada incredulidad de que hubiera llegado tan lejos— hasta el hecho de que la aerolínea estuviera dispuesta a hacer válido el pedazo de papel que les entregué como si de verdad fuera un billete, y además uno de primera clase, me sentí como si me adentrara más y más profundo en un sueño febril en cámara lenta, hasta que realmente estuve en un avión, observando cómo las puertas se cerraban y el mundo que creía conocer dejaba de existir al otro lado de la ventanilla.

No tenía la menor idea de a dónde iba, ni qué se esperaba de mí cuando llegara allí. No tenía idea de cómo prepararme, y ni siquiera de si cualquier preparación ayudaría en algo. Cuando repasaba mi conversación con la mujer, deseaba haber hecho más preguntas, o haber hecho las mismas preguntas una y otra vez hasta que me las hubiera respondido. ¿Un *grifo*? ¿De verdad era eso lo que había dicho? ¿La había oído mal? Y en cualquier caso, ¿por qué yo? ¿De qué podría servirle yo a alguien, mucho menos a un grifo?

Pero por todas las preguntas que hubiera deseado poder hacerle a ella, había un millón más que habría deseado poder hacerle a papá. Zumbaban y me susurraban en los oídos y en la cabeza y en el corazón, todo el tiempo, todos los días. Me hacían enrabiar, y toda esa ira me dejaba exhausta. Y si al menos no intentaba responderlas, probablemente seguirían zumbando y susurrando por el resto de mi vida. Probablemente estaría enojada para siempre.

En algún punto sobre la bahía del Hudson, el agotamiento superó al enfado y la extrañeza y me quedé dormida, y soñé con una historia que papá me había contado cuando yo era muy niña.